



El accidente en la A35
Un caso para el inspector Gorski



GRAEME MACRAE BURNET

Traducción del inglés a cargo de
Alicia Frieyro



IMPEDIMENTA



PRÓLOGO

El 20 de noviembre de 2014 llegó por mensajería a las oficinas de Éditions Gaspard-Moreau, en Rue Mouffetard, París, un paquete dirigido a Georges Pires, otrora editor de Raymond Brunet. Pires había fallecido de cáncer nueve años antes, y una joven becaria se encargó de abrir el envío. Contenía este dos manuscritos, así como una carta de un bufete de abogados afincado en Mulhouse, donde manifestaban haber recibido instrucciones de hacer llegar los documentos adjuntos a la editorial con ocasión de la defunción de la madre de Brunet, Marie.

Brunet, autor de una única novela, *La desaparición de Adèle Be-deau*, se había tirado delante de un tren en la estación de Saint-Louis en 1992. Marie Brunet, tras sobrevivir a su hijo unos veintidós años, había muerto a los ochenta y cuatro, mientras dormía, dos días antes del envío del paquete.

A pesar de la naturaleza anacrónica del envío —o puede que incluso debido a ello—, la becaria, que ni siquiera había nacido cuando el libro de Brunet vio la luz en 1982, no cayó en la relevancia de su contenido. Así pues, dio debida entrada al envío en el registro y los documentos fueron relegados a la pila de manuscritos no solicitados de la editorial. No fue hasta pasados cuatro meses

cuando un miembro más veterano del personal de Gaspard-Moreau se percató de su valor. Es el primero de esos manuscritos, *L'Accident sur l'A35*, lo que ahora tiene usted en sus manos.

La decisión de publicarlo no se tomó a la ligera. Primero había que cerciorarse de que Gaspard-Moreau no estaba siendo víctima de un fraude. Sin embargo, resultó muy fácil confirmar que Brunet había dejado los manuscritos bajo la custodia de un abogado poco antes de suicidarse. Jean-Claude Lussac, el letrado en cuestión, llevaba ya tiempo jubilado, pero recordaba muy bien el incidente y, como único cómplice de la estratagema, reconoció haber asistido en su día, con una mezcla de diversión y culpabilidad, a los rumores que corrieron inmediatamente después del suicidio de Brunet sobre la posibilidad de que este hubiera dejado un número indeterminado de obras inéditas. Una sencilla comprobación permitió demostrar también que los manuscritos se habían mecanografiado en la máquina de escribir que reposaba aún sobre el escritorio del antiguo despacho del padre de Brunet en la casa familiar de Saint-Louis. Sin embargo, estas pruebas son totalmente superfluas. Hasta un lector corriente puede ver que el estilo, el contexto y la temática de *El accidente en la A35* son idénticos a los de la anterior novela de Brunet. Y para quienes se inclinan a interpretar la obra como una novela autobiográfica disfrazada de ficción, está clarísimo por qué Brunet no quiso que se publicase en vida de su madre.

GMB, abril de 2017

El accidente en la A35

Lo que acabo de escribir es falso.

Verdadero.

Ni verdadero ni falso.

JEAN-PAUL SARTRE, *Las palabras*

No parecía que el accidente en la A35 tuviera nada de particular. Ocurrió en un tramo perfectamente seguro de la autovía que discurre entre Estrasburgo y Saint-Louis. Una berlina Mercedes verde oscuro que circulaba en dirección sur abandonó su carril, se precipitó por una pendiente y fue a estrellarse contra un árbol en la linde de un bosquecillo. El vehículo no se divisaba a simple vista desde la carretera, de modo que, aunque un conductor se percató de su presencia hacia las 22:45, resultó imposible determinar con exactitud la hora del accidente. Sea como fuere, cuando se descubrió el coche, su único ocupante estaba muerto.

El inspector Georges Gorski de la policía de Saint-Louis estaba plantado en la cuneta cubierta de hierba. Era noviembre. Una leve llovizna vidriaba la superficie de asfalto. No había marcas de frenada. La explicación más probable era que el conductor se hubiera quedado dormido al volante. Hasta en los casos de infarto era habitual que el conductor lograra pisar el freno o hiciera algún intento de recuperar el control del coche. A pesar de esto, Gorski prefirió mantener la mente abierta a otras posibilidades.

Jules Ribéry, su predecesor, siempre le había insistido en que siguiera sus instintos. «Los casos se resuelven con esto, no con esto», acostumbraba a decirle señalándose primero el abultadísimo vientre y, a continuación, la frente. Pero a Gorski no acababa de convencerle aquel enfoque. Alentaba al investigador a rechazar aquellas pruebas que no corroborasen la hipótesis inicial. Por el contrario, él era de la opinión de que todas y cada una de las posibles evidencias debían tomarse en consideración por igual. La metodología de Ribéry respondía más bien a la necesidad de asegurarse de que, llegado el mediodía, pudiese estar ya cómodamente arrellanado en uno de los bares de Saint-Louis. Aun así, la primera impresión que le causó a Gorski la escena que tenía delante fue que, en este caso, no habría lugar para demasiadas teorías alternativas.

Cuando llegó, la zona ya había sido acordonada. Un fotógrafo estaba sacando instantáneas del vehículo destrozado. El flash iluminaba de manera intermitente los árboles circundantes. Una ambulancia y varios coches de policía con las luces de emergencia encendidas ocupaban el carril de circulación en sentido sur de la autovía. Una pareja de gendarmes aburridos dirigía el escaso tráfico.

Gorski aplastó el cigarrillo con el pie sobre los guijarros del arcén y empezó a bajar por el terraplén. Lo hizo no tanto porque creyese que su inspección del escenario fuera a revelar alguna pista sobre la causa del accidente, sino más bien porque era lo que se esperaba de él. Los que estaban reunidos alrededor del vehículo aguardaban su veredicto. No se podía proceder al levantamiento del cadáver hasta que el oficial al mando diera el visto bueno. De haber tenido lugar tan solo unos pocos kilómetros más al norte, el accidente habría caído bajo la jurisdicción de la comisaría de Mulhouse, pero no había sido así. Gorski sabía que todos los que se encontraban en la linde del bosquecillo tenían los ojos clavados en él mientras bajaba patinando por la cuesta. La lluvia de última hora de la tarde había convertido la pendiente de hierba en una superficie resbaladiza para la que no estaban preparados sus

mocasines de suela de cuero. Con el fin de no perder el equilibrio, tuvo que bajar el último tramo a la carrera y se estampó contra un joven gendarme que sostenía una linterna en la mano. Se escucharon unas risitas ahogadas.

Gorski rodeó el vehículo lentamente. El fotógrafo cesó su actividad y se hizo a un lado para facilitarle la inspección. La víctima había salido despedida hacia delante y atravesado el parabrisas con la cabeza y los hombros. Los brazos permanecían pegados a los costados, lo que sugería que no había intentado protegerse del impacto. La cabeza reposaba sobre el capó arrugado como un acordeón. El hombre tenía una tupida barba canosa, pero Gorski no pudo sacar nada más en claro de su aspecto, puesto que la cara, o al menos la parte que quedaba a la vista, estaba completamente aplastada. La llovizna había apelmazado el cabello contra los restos de la frente. Gorski prosiguió con su paseo alrededor del Mercedes. La pintura del lado del conductor estaba severamente arañada, lo que apuntaba a la posibilidad de que el coche hubiese bajado la pendiente tumbado de costado antes de recuperar de nuevo el equilibrio. Gorski se detuvo y pasó los dedos por la abollada carrocería como si esperara que esta fuera a comunicarle algo. No lo hizo. Y si en ese momento sacó su cuaderno del bolsillo interior de la chaqueta y garabateó en él unas someras notas, solo fue para satisfacer a quienes lo observaban. La Unidad de Atestados de Tráfico determinaría la causa del accidente a su debido tiempo. Gorski y todos los demás podían dejar aparcada su intuición.

El impacto había abierto de cuajo la puerta del conductor. De un tirón, Gorski la separó del todo e introdujo la mano dentro del abrigo de la víctima. Informó al sargento al mando del escenario del siniestro de que había concluido su inspección e inició el ascenso del terraplén para regresar a su coche. Una vez dentro, se encendió otro cigarrillo y abrió la cartera que había rescatado del cuerpo. El nombre del fallecido era Bertrand Barthelme, con domicilio en el número 14 de Rue des Bois, en Saint-Louis.

* * *

La propiedad formaba parte de un puñado de casas solariegas situadas en las afueras al norte del pueblo. Saint-Louis es un lugar anodino que se halla ubicado en el Dreiländereck, el punto donde convergen Alemania, Suiza y el este de Francia. Los veinte mil habitantes que componen la población del municipio pueden clasificarse en tres categorías: los que no tienen aspiraciones de vivir en un lugar menos deprimente; los que carecen de medios para marcharse; y aquellos a los que, por razones que solo ellos conocen, les gusta vivir allí. A pesar de tratarse de un pueblo modesto, hay todavía unas pocas familias que, de una manera u otra, han conseguido reunir lo que en esa zona se toma por una auténtica fortuna. Sus propiedades nunca salen a la venta. Pasan de una generación a otra del mismo modo que sucede entre los pobres con los muebles o las alianzas de boda.

Gorski apagó el motor y se encendió un cigarrillo. La casa quedaba oculta por una cortina de sicomoros. Esta era una de esas calles donde el avistamiento de un coche desconocido estacionado junto a la acera a altas horas de la noche suscita una llamada a la policía. Gorski podría haber delegado en un joven agente la desagradable tarea de informar a la familia, pero no quiso que pareciese que no estaba capacitado para la faena. Aparte de eso, había otro motivo mucho más insidioso y que a Gorski le costaba admitir. Había venido en persona debido a la dirección del domicilio del fallecido. ¿Habría experimentado los mismos celos a la hora de enviar a un agente de menor rango si el hogar hubiese estado situado en uno de los peores barrios del pueblo? Desde luego que no. La verdad era que Gorski creía que el mero hecho de vivir en Rue des Bois otorgaba a sus moradores el derecho de ser atendidos por el agente de policía de más rango del pueblo. Era lo que ellos esperaban, y si Gorski no llevaba a cabo la tarea en persona, su omisión se convertiría en pasto de los chismorreos.

Pensó en posponer la visita hasta la mañana siguiente —era casi medianoche—, pero no le pareció que lo intempestivo de la hora fuese una excusa válida. A Gorski no le habría importado molestar a una de las familias de los destartalados bloques de apartamentos de Place de la Gare a la hora que fuera. Además, cabía la posibilidad de que en ese lapso la familia Barthelme se enterara de la noticia por otra fuente.

Gorski remontó el paseo de entrada con la gravilla crujiendo bajo los pies. Como le pasaba siempre que visitaba una de aquellas casas, se sintió como un allanador. De salirle alguien al paso, estaba seguro de que se apresuraría a soltar alguna torpe disculpa antes de mostrar la identificación que autorizaba su intrusión. Recordó el pánico que cundía en su casa cuando era niño cada vez que recibían una visita inesperada. Al sonar el timbre, sus padres se miraban alarmados. Su madre echaba un vistazo rápido al salón y se apresuraba a colocar en su sitio los cojines y a estirar los tapetes de los sillones antes de acudir a abrir la puerta. Su padre se ponía la chaqueta y se plantaba muy tieso en medio de la sala, como si le avergonzara que alguien pudiera sorprenderlo relajándose en su propia casa. Gorski se acordó de una tarde en concreto. Tendría él siete u ocho años cuando un par de jóvenes mormones que acababan de instalarse en el pueblo llamaron a la puerta del apartamento donde vivían, encima de la casa de empeños de su padre. Gorski los oyó exponer el motivo de su visita en un francés chapurreado. Su madre los invitó a pasar al pequeño salón. Albert Gorski aguardaba de pie detrás de su butaca como si fuera a entrar el alcalde en persona. Gorski estaba sentado al pie de la ventana, hojeando un libro ilustrado. A sus ojos infantiles los dos americanos eran idénticos; altos y rubios, con el pelo rapado y ataviados con sendos trajes ajustados de color azul marino. Aguardaron en el umbral hasta que madame Gorski les indicó que tomaran asiento a la mesa del comedor. Ellos no parecían nada azorados. Madame Gorski les ofreció un café que no rechazaron. Mientras ella se atareaba en la pequeña cocina americana, los dos

jóvenes se presentaron a monsieur Gorski, quien se limitó a hacer un gesto con la cabeza antes de volver a sentarse en su butaca. Los dos hombres comentaron entonces lo agradable que les parecía Saint-Louis. Como el padre de Gorski no respondió, se hizo un silencio que se prolongó hasta que madame Gorski regresó de la cocina portando una bandeja con una cafetera, las tazas de la vajilla buena y una fuente de magdalenas. Estuvo parlotando sin parar mientras servía a los visitantes, aunque era más que aparente que estos entendían poco o nada de su monólogo. Los Gorski no tenían costumbre de tomar café por las tardes. Completadas estas formalidades, el joven de la izquierda, tras recorrer la estancia con una mirada elocuente, hizo un gesto hacia el mezuzá clavado en la jamba de la puerta.

—Entiendo que son de confesión judía —dijo—, pero a mi colega y a mí nos gustaría mucho compartir con ustedes el mensaje de nuestra fe.

Era la primera vez que Gorski oía a nadie referirse a sus padres de esta manera. En el hogar de los Gorski no se hablaba de religión, y aún menos se practicaba. La cajita de la jamba solo era uno más de los muchos cachivaches que decoraban la habitación y a los que su madre les pasaba el polvo semanalmente. No tenía mayor relevancia, y si la tenía, Gorski no era consciente de ella. Ni siquiera estaba seguro de qué podía haber querido decir aquel hombre con lo de la «confesión judía», aparte de subrayar que ellos —los Gorski— eran diferentes. A Gorski le ofendió que aquellos extraños le hablasen así a su padre. No recordaba mucho más de la conversación, excepto que cuando los americanos terminaron de comerse las magdalenas de su madre, su padre aceptó los folletos que ellos depositaron en sus manos y les aseguró que los estudiaría con debida consideración. Los jóvenes se mostraron radiantes al escuchar esta respuesta y anunciaron que estarían encantados de volver a visitarnos. Luego agradecieron a madame Gorski su hospitalidad y se marcharon. No habían tocado el café. Madame Gorski comentó a la postre que le habían parecido unos jóvenes

muy agradables. Monsieur Gorski estuvo hojeando los folletos de los americanos durante una media hora, como si desecharlos al instante hubiera supuesto una descortesía. Después de morir su padre, Gorski los encontró en la caja de madera de debajo del pretil de la ventana donde se guardaban los documentos importantes de la familia.

Iba a llamar por segunda vez al timbre de la casa de Rue des Bois cuando se encendió una luz en el vestíbulo y oyó un tintineo de llaves en la cerradura. Abrió la puerta una mujer robusta que rondaría los sesenta y pocos años. Su canosa cabellera estaba recogida en un moño a la altura de la nuca. Llevaba un vestido de sarga azul marino muy ajustado en torno a su figura. Del cuello le colgaban unas gafas de cerca atadas a un cordón de cuero, y también una cruz pequeña, anidada en la hendidura del pecho. Sus tobillos eran anchos como los de un hombre, y los zapatos, marrones y de tacón bajo. No daba la sensación de haberse vestido a toda prisa para acudir a abrir la puerta. Quizá sus funciones no concluyeran hasta que regresaba el señor de la casa. Gorski se la imaginó sentada en su alcoba, volteando con parsimonia las cartas de una partida de solitario y permitiendo que un cigarrillo se consumiese en un cenicero junto a su codo. Miró a Gorski con la expresión de ligero desagrado a la que estaba más que acostumbrado y por la que ya no se dejaba ofender.

—Madame —arrancó—, inspector jefe Georges Gorski de la policía de Saint-Louis. —Exhibió la identificación que llevaba preparada en la mano.

—Madame Barthelme se ha retirado ya —contestó la mujer—. Quizá podría usted tener la amabilidad de pasarse a una hora más cortés.

Gorski resistió la tentación de disculparse por el abuso.

—No se trata de una visita de cortesía —dijo.

La mujer abrió mucho los ojos y meneó un poco la cabeza mientras contenía la respiración. Luego se encajó las gafas de cerca y solicitó ver la identificación de Gorski.

—¿Qué horas son estas para presentarse en la puerta de un hogar decente?

Gorski ya sentía una nada desdeñable aversión hacia aquella engréida metomentodo. Era obvio que creía que su estatus como ama de llaves le confería una gran autoridad. Se recordó a sí mismo que la mujer solo era una sirvienta.

—Son horas que sugieren que estoy aquí por un asunto de gravedad —dijo—. Y, ahora, si fuera tan amable de...

El ama de llaves se hizo a un lado y, de mala gana, lo invitó a pasar a un cavernoso vestíbulo forrado de madera. Las puertas de roble de los dormitorios del piso superior daban a un rellano delimitado por una balaustrada tallada. La mujer subió las escaleras apoyándose pesadamente en la barandilla y franqueó la entrada de una habitación situada a la izquierda. Gorski aguardó en la penumbra del vestíbulo. La casa estaba en silencio. Una franja de luz pálida emanaba de una puerta cerrada situada a la derecha del rellano. Al cabo de un rato reapareció el ama de llaves y volvió a descender las escaleras. Se movía con un contoneo desacompasado, estirando la pierna derecha a un lado como si le doliese la cadera.

Madame Barthelme, le informó, lo recibiría en su alcoba. Gorski había dado por hecho que la señora de la casa lo recibiría abajo. La idea de comunicarle a una mujer en su alcoba la noticia del fallecimiento de su esposo se le antojó poco decente. Pero qué le iba a hacer. Siguió al ama de llaves hasta la planta de arriba. Ella hizo un gesto hacia la puerta y entró detrás de él.

Dada la edad de la víctima, Gorski esperaba encontrarse a una mujer de mucha más edad recostada sobre un montón de almohadones bordados. Según el permiso de conducir, Barthelme tenía cincuenta y nueve años, pero pese a lo somero de su inspección, a Gorski le había parecido mayor. La barba era espesa y canosa, y el corte y tejido de su traje de tres piezas, anticuados. En cambio, Madame Barthelme debía de rondar los cuarenta y pocos, o incluso menos, quizá. Una alborotada mata de cabello castaño claro coronaba su cabeza como si se lo hubiera recogido a toda prisa.

Varios rizos enmarcaban su cara con forma de corazón. Sobre los hombros portaba un chal ligero que con toda probabilidad se había echado encima por recato, pero el camisón le caía holgado en torno al pecho y Gorski tuvo que apartar la vista a propósito. El dormitorio era totalmente femenino. Había una cómoda barroca y un diván con ropa desperdigada por encima. La mesilla de noche estaba engalanada de frasquitos marrones de pastillas. La ausencia de artículos o prendas masculinas era evidente. Estaba claro que la pareja tenía dormitorios separados. Madame Barthelme sonrió con ternura y se disculpó por recibir a Gorski en la cama.

—Lo siento, no me encuentro demasiado... —Dejó la frase a medias con un vago gesto de la mano, que provocó la oscilación de sus pechos bajo la tela del camisón.

Gorski olvidó momentáneamente el propósito de su visita.

—Madame Thérèse no me ha dado su nombre —continuó ella.

—Gorski —respondió él—, inspector jefe Gorski. —Le faltó poco para añadir que su nombre de pila era Georges.

—¿Tanta delincuencia hay en Saint-Louis como para merecer un inspector jefe? —preguntó ella.

—La justa, sí. —En circunstancias normales, un comentario así habría ofendido a Gorski, pero madame Barthelme había conseguido que sonara como un cumplido.

Estaba de pie, a medio camino entre la puerta y la cama. Junto a la cómoda había una silla, pero no era apropiado sentarse para comunicar tan grave noticia. El ama de llaves seguía plantada en el umbral. No existía motivo alguno por el que no pudiera estar presente, así que cuando Gorski se volvió y la abordó, lo hizo solo con el fin de imponer su autoridad.

—Si no le importa concedernos un poco de privacidad, Thérèse.

El ama de llaves no se molestó en ocultar su enfado ante aquella afrenta, pero obedeció, eso sí, no sin antes ahuecar aparatosamente los cojines del diván.

—Y cierre la puerta al salir —añadió Gorski.

Hizo una breve pausa mientras adoptaba la expresión solemne que solía gastar en ocasiones como aquella.

—Me temo que traigo malas noticias, madame Barthelme.

—Llámeme Lucette, por favor. Hace usted que me sienta como una vieja solterona —dijo. Las primeras palabras de Gorski no le habían hecho mella, al parecer.

Gorski asintió con la cabeza.

—Ha habido un accidente —dijo. Para él no tenía sentido alargar las cosas—. Su marido ha muerto.

—¿Muerto?

Todos decían lo mismo. Gorski nunca sacaba conclusiones de la reacción de la gente ante una noticia de esta naturaleza. Si él recibiese la visita de un policía a una hora tan intempestiva, tendría muy claro que iba a recibir una mala nueva. Pero, al parecer, a los civiles eso no se les pasaba por la cabeza, y su primera reacción era generalmente de incredulidad.

—Su vehículo se ha salido de la A35 y chocado con un árbol. La muerte ha sido instantánea. Ha ocurrido hará una hora aproximadamente.

Madame Barthelme suspiró con desmayo.

—A primera vista, todo apunta a que la causa más probable es que se quedase dormido al volante. Con todo, se llevará a cabo una investigación completa del suceso, desde luego.

La expresión de madame Barthelme apenas se alteró. Sus ojos se apartaron de Gorski. Eran celestes, casi grises. Su reacción no era inusual. La gente no se ponía a gritar de pesar, ni se desmayaba ni sufría ataques de ira. Aun así, su contención era cuando menos peculiar. La mirada de Gorski se desvió hacia la surtida colección de frascos junto a la cama. A lo mejor se había tomado un Valium u otro tranquilizante por el estilo. Gorski dejó pasar unos momentos. Luego ella se estremeció ligeramente, como si hubiese olvidado que él estaba allí.

—Entiendo —dijo. Se llevó las manos a la cabeza y empezó a atusarse los rizos, ordenándolos en torno a su cara. Poseía un atractivo encantador.

—¿Quiere un poco de agua? —preguntó él—. ¿Un brandy, quizá?

Ella le dedicó la misma sonrisa que cuando entró en la habitación. Gorski empezó a dudar si habría entendido lo que le acababa de decir.

—No, gracias. Ha sido usted muy amable.

Gorski asintió.

—¿Hay alguien más en casa, aparte del ama de llaves?

—Solo nuestro hijo, Raymond —contestó ella—. Está en su dormitorio.

—¿Desea que sea yo quien le informe?

Madame Barthelme se mostró sorprendida ante el ofrecimiento.

—Sí —respondió—, sería muy amable por su parte.

Gorski asintió. No había previsto pasar por el mal trago dos veces. Él ya estaba pensando en la cerveza que pensaba tomarse en Le Pot. Se aguantó las ganas de mirar el reloj. Ojalá Yves no hubiese cerrado ya para cuando él llegara. Inclino un poco la cabeza y pasó a explicar la necesidad de efectuar una identificación formal del cadáver.

—Enviaremos un coche patrulla por la mañana —remató.

Madame Barthelme asintió. Le indicó dónde estaba el dormitorio de su hijo. Y eso fue todo.

El ama de llaves estaba sentada en una otomana junto a la puerta. Gorski dio por hecho que había escuchado hasta la última palabra de su conversación.